

el tío Melitón, á quien viste anoche en la plaza por tus propios ojos. Si le encuentras, el desembarco es segurísimo. mas si se ha marchado, desde luego irían á desembuchar en otra parte. ¿Me explico?

—Muy bien: haré al pie de la letra lo que usted me aconseja.

Alejáronse luego, y no bien habían desaparecido, cuando las iglesias de la ciudad dieron el toque del alba. Yo entonces, saliendo de la especie de letargo pavoroso en que me hallaba, me apresuré á volver al hospital, en donde felizmente ninguna persona había notado mi ausencia.

He allí mi querido amigo, lo que yo te decia; á saber, que mi historia era eslabón de alguna larga cadena de crímenes y desgracias. ¿Qué significa ese ominoso nombre de Juan Crpyés? ¿Cuántos son, en fin, los personajes que han sido conocidos bajo semejante nombre? ¡Dios mío! Yo me encuentro sumergido en un piélago de confusión é incertidumbre.

Ya he dirigido á Manuel una relación detallada de estos nuevos incidentes por lo que importa que esté prevenido para cualquier encuentro. Entretanto la misericordia de Dios se digna enviar su luz y su gracia á esta miserable criatura, yo le ruego, querido mío, que te tenga en su santa guarda.



CARTA XXIV

MANUEL A ANTONIO

Villa-Hermosa, Octubre 9 de 1824.

Queridísimo mío: Conozco que voy á poner la mano en la herida delicada que llevas en el corazón; pero tú quieres dilatarla lo posible, acaso para curarla mejor: yo obedezco tus preceptos. Habría preferido comunicarte de palabra, cuando nos viésemos otra vez, los extraordinarios incidentes que han sobrevenido; mas creyendo que son importantes de suyo, y que un silencio afectado de mi parte sería funesto, me resuelvo, en fin, á escribirte. Confío en que sabrás conservar tu filosofía, y que leerás el presente relato con valor y serenidad. Sobre todo, querido mío, acorta los vuelos de tu exa-



gerada imaginación, y haz un esfuerzo para adquirir tranquilidad, paz de espíritu y sangre fría. ¡Quiera el cielo concedértelo!

El 14 del pasado entré en la barra de Tabasco, y los sucesos políticos de la capital, en donde se hizo ahora poco un movimiento contra el comandante general D. José Rincón, me obligaron á detenerme en S. Fernando de la Victoria, pueblo distante poco más de una legua de la barra. El coronel D. Francisco Hernández, enviado con algunas fuerzas por el gobierno de la República, se disponía á subir á Villa-Hermosa, y me pareció conveniente diferir la continuación del viaje, y esperar el resultado de aquella operación puramente militar, que terminó en efecto sin efusión de sangre, á pesar de la exaltación que reinaba, y que hacía inminente un choque entre las fuerzas de Hernández y las que obedecían al gobierno del Estado. Dios quiso que se evitase esta desgracia y este escándalo que podría desconceptuarnos entre las naciones civilizadas, de cuya amistad y protección necesitamos tanto para zanjar los fundamentos de la nueva república, y cicatrizar las profundas heridas que dejó una lucha de once años.

Obligado, pues, á desembarcarme en S. Fernando, busqué un alojamiento que me proporcionase alguna comodidad. Indicáronme como el mejor la casa de una se-

ñora viuda, que solía hospedar á los transeuntes. Hice mis arreglos con la buena señora, é instaléme bajo su techo de palmas, y sobre un "tapezco" de carrizos y "jauacte," única y durísima cama que su pobreza podía ofrecerme. Y lo verifiqué á tiempo, porque al siguiente día me asaltó una fuerte calentura, de las que se adolece generalmente en este país. Su intensidad me dejó privado por muchas horas, y sólo á merced de la práctica y cuidados caseros de la huésped, conseguí aliviarme, aunque mi cabeza quedó enferma, pues sentía en ella una pesadez dolorosa, que se difundía á todo mi cuerpo.

Era la madrugada del día 18, cuando al volver de una especie de sopor en que había caído, llegó hasta mí el metal claro y robusto de una voz que me produjo una súbita y extraña horripilación: mis cabellos se erizaron, un sudor frío bañó mi frente, y sentí en todo mi cuerpo el soplo fatídico de la muerte. De pronto creí que era aquello una pesadilla, ó que acaso la debilidad del cerebro enfermizo me ofrecía alguna visión siniestra; pero luego me cercioré de que estaba despierto, y que la voz era una realidad terrible: era la voz de Juan Cruyés, el pseudo-cónsul de Colombia, á quien conocí demasiado en Campeche, en el mes de Agosto, para que pudiese engañarme.

Hallábame, pues, bajo una impresión



semejante á la que causó á Eneas en los infiernos la sombra de Héctor. "Obstupui, steteruntque comoe." Faltóme aliento para saltar de la cama, y escuché sin moverme la conversación que tenía el pirata con otro de su oficio evidentemente. La escena pasaba en la pequeña sala de la casa de la viuda, mientras que yo permanecía inmóvil en el dormitorio próximo, separado de aquélla por un débil seto de cañas.

—Con que ¿las ha dejado usted en seguridad absoluta? preguntaba Cruyés á su interlocutor.

—Repito á usted que nada hay que temer: respondió el otro con un acento áspero y cascado. Es mi antiguo amigo el sugeto que se ha encargado de ellas, y las verá como un depósito inviolable.

—¡Eh! Yo no lo digo por tanto; pero es el caso que yo no conozco lo que es el tal puerto de la Laguna, aunque más de una vez he pensado dirigir mis correrías por ese rumbo. ¡La Laguna! Sí: en los registros de la sociedad, algo he leído relativo á la Laguna, y me parece que podría sacarse de allí alguna cosa de provecho.

—Si otra vez le vienen á la mano esos registros, verá usted lo importante que fué siempre tener en las inmediaciones de la Laguna por lo menos un guairo en asecho de buenas presas. El sexto Juan Cruyés, sobrenombrado "el capitán Bigotes" (porque los tenía disformes) hizo en el año

de 1742 una presa que le valió cuarenta y cinco mil duros.

—¡Buen negocio, por vida mía! De estos tales ya no se presentan en estos tiempos en que el oficio se ha generalizado tanto. Gracias que nuestra pobre sociedad, que está ya al desorganizarse hasta el punto de no saberse reconocer sus miembros entre sí, gracias, repito, que podamos atrapar algo que valga la pena. Mas no hablemos de intereses: ya se sabe que lo que más nos importa es la gloria del pabellón negro. Bebamos en honor suyo.

Un ligero glú glú á que siguió un resoplido, me hizo entender que en efecto apuraban dos vasos de vino ó aguardiente. La huéspedada andaba por allí cerca, y esto aumentaba mi sobresalto. Me figuré que siendo ella testigo de semejante conversacion, ó era cómplice de los piratas, ó estaba acostumbrada á presenciar ciertas escenas y guardar silencio sobre ellas.

—¡Patrona! gritó Cruyés: traigase usted otra botella y se deberá ese pico más.

La viuda puso al momento otra botella sobre la mesa, y de puntillas entró luego en mi aposento, alzó el mosquitero y se detuvo observándome. Yo fingí que dormía profundamente, lo cual tranquilizó al parecer á la patrona, pues salió de allí á continuar sirviendo á los recién venidos. Cruyés prosiguió.

—Con que volvamos á las chicas, y dis-



pense usted, buen capitán Sagarra, mi majadería sobre este particular. Decía usted que podrémos verlas muy pronto, y...

—Sin duda. Avisado por el tío Melitón de que convendría mejor hacer el negocio en Tabasco, me apresuré á llevarlas á la Laguna, para estar más expedito el día menos pensado que usted tocase á mis puertas. Despacharemos luego la carga, é irá usted á incorporarse con sus protegidas, si así le place.

—Muy bien: convengo en ello; pero también es necesario que usted convenga en que...

—¿En que no me he sujetado á sus instrucciones? Es verdad: lo confieso. Mas ¿podríamos haber penetrado hasta aquí con ese obstáculo?

—Cierto, cierto, y yo soy un impertinente. Usted me afirma que hay seguridad para mí y ellas en donde están: enhorabuena. Extraño, sin embargo, que se hayan prestado desde luego á marchar á la Laguna sin noticia mía.

—Yo las dije que me sujetaba á ciertas órdenes reservadas que usted me había dado, para el caso de que sobreviniese un imprevisto accidente. Ahí lo tiene usted explicado todo.

—¡Ah, ah! murmuró Cruyés acercando su asiento al del capitán Sagarra. Bebamos otro trago.

—A la salud de Juan Cruyés décimoquinto.

Desde que el capitán Sagarra habló de un Juan Cruyés "sexto," quedé algo confuso; mas ahora que tan terminantemente brindaba en obsequio de un Cruyés "décimoquinto," todo el misterio quedaba disipado. Nombre simbólico y convencional, desde luego ese nombre se daría al capitán ó director de alguna cuadrilla de antiguos piratas, que han ido sucediéndose sin interrupción. De esto hay muchos ejemplares en América; y una investigación sobre un hecho tan importante, daría una luz decisiva sobre la historia horrible y misteriosa de la piratería. Los "bucaneros," como debes saber, se establecieron primitivamente en la isla de Santo Domingo, desde donde ejercían sobre las colonias españolas mil sangrientas vejaciones, so pretexto de la caza de bueyes, con cuyas pieles hacían en Europa un rico comercio. La Francia los reconoció enviándoles un gobernador el año de 1665 y con esta protección se entregaron á todo linaje de excesos. Vinieron en pos los "filibusteros," más emprendedores y más audaces que los bucaneros. Tomaron ese nombre singular de "fly boat," embarcación que pilla y roba; ó más bien de "free booter" ("breibeuter" en alemán) franco-botinero, ó lo que es lo mismo "pirata libre." Esta reunión de piratas y aventure-



ros de todas las naciones, fué famosa en el siglo XVII por su espantoso encarnizamiento contra el gobierno español, ó mejor dicho, contra sus mal guardadas colonias. Los filibusteros recorrían los mares, asaltaban las flotas, asesinaban á las tripulaciones, incendiaban los bajeles, sitiaban plazas y destruían todo cuanto se les venia á las manos. Sus capitanes más célebres fueron el inglés Morgan que tomó á Panamá en 1670, Pedro Legrand, Dieppe, Olonnais, Basque, Momers, el "Exterminador" y Laurent Graff ("Lorencillo"). La última hazaña de estos piratas, fué la toma de Cartagena, de cuya plaza se apoderaron en 1697, auxiliados de una escuadra de corsarios franceses. Después de esta época su número disminuyó considerablemente, y dividiéronse los que quisieron seguir tan odiosa carrera en pequeñas fracciones, que jamás han sido exterminadas del todo. Ese Juan Cruyés, autor de todas tus desgracias, es, según he descubierto, el jefe de una de esas cuadrillas, y sucesor de Juan Venturate, Abraham, Diego el Mulate, Pie-de-malo, Guillermo Parque, el conde de Santa Catalina, el capitán Bigotes, y otros que en Yucatán han dejado una horrible y espantosa celebridad. Así, pues, ya nada tiene para mí de extraña la coincidencia de ese nombre que tanto nos había sorprendido al ver que lo llevaban, el perverso que hizo tan desgraciado á nues-

tro amo Germán, y el aborrecible pirata que te ha hecho tantos males, hasta arrojarte en S. Lázaro.

Volvamos á la escena que pasaba en casa de la viuda.

Después de algunos momentos de silencio, Juan Cruyés anudó el diálogo interrumpido.

—Perdone usted, capitán Sagarra; pero yo tengo mis motivos para llevar adelante esta investigación.

—Pregunte usted, que estoy dispuesto á satisfacerle.

—Gracias. Sólo quisiera saber una cosa: durante mi ausencia ¿las niñas han estado en incomunicación absoluta?

—Absoluta, con los de fuera.

—¿No se presentó en casa de usted un jovencillo, como de veinte y dos años, de aspecto melancólico, de mirada dulce y expresiva, cabello castaño y ensortijado?...

—No prosiga usted: yo no he visto á ninguno que llevase una sola de esas señales.

—Muy bien: tomemos un trago más.

—Convenido.

—A la salud y seguridad de mis dos protegidas.

—Me parece que usted es un tanto celoso; y hablando francamente, no cumple á un hombre del temple que yo le conozco, bajarse á esas pequeñeces.

—En mi corazón de hierro, dijo el pira-



ta con acento terrible, jamás ha penetrado el amor, y jamás por lo mismo he experimentado la pasión de los celos. Pero se equivoca usted si se figura que un hombre como yo es incapaz de amar y tener celos: sepa usted que aquel á quien una mujer hace llorar más fácilmente, es el hombre que se hace temer más de los otros hombres. Un pirata ¿no podría dejarse inspirar de una pasión tierna y seductora? Mas aquí no se trata de eso, capitán Sagarra: cuando yo dirijo á usted ciertas preguntas, lo verifico únicamente con el objeto de estar prevenido contra alguna asechanza. Tal vez mis mejores amigos se han convertido en enemigos, y bueno es llevar el timón en una noche de tempesta para forzar ó derribar, según convenga.

—Bien dicho, mi capitán, bien dicho; pero repito que las dos damas no se han comunicado con los extraños.

—Así deberá ser, una vez que usted lo afirma. Sin embargo, mi curiosidad pica un poco más allá; y querría saber también si con pretexto de hospitalidad, ó cualquiera otro, no ya con ellas, sino con usted mismo, habría tenido relaciones algún nuevo conocido, ó en fin...

—Mis relaciones en nada pueden importar á usted, supuesto que yo he acostumbrado manejarme con entera independencia. A pesar de eso, diré para que aleje de sí toda aprensión, que después de la en-

trevista que tuvimos al partir usted para su última expedición, no he tratado con más individuos que el mozo que condujo la misiva del tío Melitón, y el amigo de la Laguna que se ha hecho cargo de guardar el depósito que le confié.

Hubo unos instantes de silencio, y luego continuó el capitán Sagarra:

—Esto en cuanto á la seguridad en que se encuentran hoy: respecto á su salud, sin embargo de que usted se ha servido interrogarme sobre ella, tal vez porque la cree buena, tengo el sentimiento de anunciarle que ambas á dos hermanas, si lo son, se hallan acometidas de una extraña enfermedad.

—¿Qué habla usted de extraña enfermedad? preguntó Cruyés como ligeramente sobresaltado al escuchar semejante nueva.

—Digo que es extraña, no precisamente que para mí lo sea, pues tanto debo conocerla. Llámola así, porque me parecía que aún no era tiempo de que se desarrollase. Además, yo miro á usted tan sano, tan...

—Basta: ya comprendo. Veremos de curarlas, luego que despachemos nuestros asuntos en Tabasco. Las pobrecillas llevan ya dos buenas carenas, cuando usted se figura que aún no era tiempo. Vamos, no es usted tan práctico como cree, supuesto que no sabe descubrir á primera vista si



la quilla del buque, á pesar del luciente forro de cobre, está ó no taladrada de la broma. Apuremos la botella.

Ya debes suponer, amigo mío, la funesta impresión que yo recibiría al escuchar semejante lenguaje. Si la presencia del pirata en aquel lugar no hubiese bastado por sí sola para llenarme de terror, la brutal indiferencia del malvado al hablar de lo que padecían sus cómplices, ó tal vez sus víctimas, habría hecho cuajarse en las venas toda mi sangre. Un recuerdo espantoso vino entonces á asaltarme: aquel funesto billete que ese monstruo te dirigió para corresponder á la generosidad noble y franca de que tú, querido mío, joven inexperto y entusiasta, te dejaste arrebatar. Tal vez el veneno que aquellas dos serpientes llevaban dentro de sí mismas, al perder su virtud comunicativa, ejercerá sobre ellas una reacción terrible, castigándolas el cielo con un suplicio sobradamente merecido. La justicia divina jamás puede ser burlada, y día ha de venir en que fulmine sus rayos sobre esa sociedad de criminales que te ha hecho tan grande daño, pobre y virtuoso amigo mío.

Esta reflexión me consoló un tanto, y ya pude escuchar con más serenidad el fin de aquel diálogo.

—Hablemos ahora de negocios, dijo Cruyés. A pesar del nortecillo, hemos penetrado hasta aquí, sin avería ninguna; y

cuidado que el día que zarpamos de Campeche creí perder la arboladura y seguir el viaje en bandolas. Pero todavía luce mi buena estrella, y maldito el cuidado que me causan estos accidentes desgraciados. No se corte la veta que vamos explotando, y ofrezco á usted que dentro de poco yo seré un Creso, y mis nuevos socios un gradito menos.

—Así lo espero, repuso el otro, aunque sólo trabajemos por sostener el honor del pabellón negro, como usted dijo hace poco.

—¡Eh! Bien puede conciliarse lo uno con lo otro.

—¿Quién lo duda? Verdad es que en tantos años que llevo de vida aventurera, todavía me encuentro como al principio; limitado al día de hoy solamente para quedar obligado á pedir lo mismo mañana, como dice el capellán de la Laguna, aunque con otro objeto y aplicación.

—Eso consiste en que se había usted separado de nuestro poderosa sociedad.

—Tiene usted razón; y si no dígalo el predecesor de usted, que según fama, murió encerrado en el hospital de S. Lázaro.

—¿Juan Cruyés "Cara-cortada"? ¡Pobre diablo! Bien merecida tenía la suerte que le cupo: el infame se ha llevado consigo á remolque el importante secreto que daba fuerza y poder á nuestra sociedad. No ha querido revelar el sitio en que se hallan ocultos los tesoros que en dos siglos se



iban acumulando. Sabe usted bien que después de darse á los socios la parte que habian menester para su comodidad y regalo, se reservaba una porción, y no pequeña, para el depósito común, cuyo secreto sólo tenía privilegio de conocer el jefe de la compañía. Pues bien: ese malvado, aprehendido por la policía de Campeche por no sé qué pintas sospechosas que tenía en el cuerpo, y encerrado en el hospital de los leprosos, se resistió tenazmente á declarar el secreto que poseía. Cuando yo quise hacer la última tentativa enviando á un sugeto de confianza que le arrancase esta revelación, era ya demasiado tarde. Había muerto.

—¡Pobre "Cara-cortada"! Fué un valiente, y pirata de alma, vida y corazón.

—Así es la verdad; pero con su muerte, y más que todo con su caprichosa tenacidad, nos ha hecho un mal gravísimo. La sociedad anda dispersa y sin gobierno: poca comunicación hay entre sus individuos, y mucho es que todavía se reconocan ciertos signos que antes se miraron como sagrados. En la última reunión que tuvimos en Curazao para que se verificase mi elección, sólo concurrieron tres capitanes, un teniente, cinco maestros y treinta y seis marineros. ¡Qué diferencia de tiempos! Cuando fué nombrado "Cara-cortada," en el año de 1804, se reunieron en la isla de Cozumel más de setecientos hombres de valor y de provecho.

—Demasiado me acuerdo, rezongó el capitán Sagarra. Yo tuve el honor de ser uno de los concurrentes.

—Así pues, (continuó el pirata) puede ya darse por terminada esta útil sociedad, puesto que le falta su móvil más poderoso: la riqueza. Además, apenas somos tolerados en algunos puntos, y la persecución más deshecha se ha declarado contra todos nosotros. El comercio libre y el tráfico frecuente, han disminuído el número de nuestros más útiles y provechosos aliados: los contrabandistas. ¿Qué hacer entonces? Ya he pensado mucho en ello: permitir que cada uno se proporcione el modo de pasar la vida como pueda, y relevar á todos de la obediencia que deben al jefe de la sociedad.

—¡Y así había de terminar una institución que cuenta dos siglos de existencia!

—Ni más ni menos. Término han de tener todas las instituciones humanas.

—Pero si fuese posible...

—No hay recurso. ¿Se figura usted que no me pesa el ver destruídas, en lo más brillante de mi juventud, las lisonjeras esperanzas que yo abrigaba de reorganizar este cuerpo, que ha venido en decadencia? Sin embargo, esto no es cosa enteramente decidida: si pudiéramos realizar cuatro ó seis expediciones como la del baje del "Alacrán," entonces no desesperaría del remedio.



—Eso no es difícil. ¿Imaginaba usted que el tío Melitón, hombre ya obscuro y olvidado, pudiese sugerirle un medio tan eficaz y decisivo para enriquecernos?

—Es verdad.

—En tal caso, no hay que perder toda esperanza.

—Muchos son nuestros enemigos.

—Los venceremos á todos.

—Es difícil.

—Nada hay difícil para una voluntad de hierro que quiera arrollar ante sí cualquier obstáculo.

—¿Y el tesoro perdido, que hace tanta falta?

—Se buscará.

—Imposible.

—¿No dejó "Cara-cortada" algunos papeles?

—Lo ignoro.

—Sin embargo, debía usted saberlo.

—Y ¿cómo?

—¿Que eso pregunte un Juan Cruyés? ¿Entonces, cuáles fueron sus títulos para ser elevado á la altura en que se encuentra?

—¿Capitán Sagarra!

—Yo defendiendo los derechos de la sociedad, y al hacerlo, uso del mío.

—¿Yo soy Juan Cruyés!

—Y yo le he rehusado serlo: si usted ha sido nombrarlo por cuarenta votos, y algunos más, yo habría reunido doscientos.

—¿Con que es decir que hay entre nosotros quien se atreva á negarme la obediencia que me es debida!

—Ni yo digo eso, ni soy yo quien aventurase semejante consejo. Sé perfectamente que una vez nombrado el jefe, todos debemos someternos á su voluntad, y obedecerle. Juan Cruyés debe ser nuestro rey absoluto. Pero mi edad, mis servicios importantes, mi larga carrera, que puedo comprobar con los registros mismos de la sociedad, creo que me autorizan á ser uno de sus mejores y más decididos vigilantes. En todas épocas Juan Cruyés ha tenido siempre un consejo de antiguos capitanes, con cuya opinión ha emprendido los hechos más gloriosos. ¿Dónde está el consejo? ¿dónde?...

—¿Y no pregunta usted también dónde están los capitanes, dónde el tesoro perdido, y dónde, en fin, los miembros todos de la sociedad?

—Todo eso sería fácil arreglarlo; pero la reforma debía empezar por el caudillo. Juan Cruyés fué casado siempre con una, dos, diez ó veinte mujeres; mas nunca se andaba con ellas en todas las expediciones.

—¿Capitán Sagarra! Juan Cruyés, usted lo ha dicho, es un rey absoluto.

—Pero el absolutismo como usted lo entiende no puede subsistir largo tiempo. Yo pido que convoque usted una reunión



para el sitio que crea más apropiado, y yo hablaré cuanto convenga al interés y engrandecimiento de la sociedad.

—Sí lo haré, por vida mía.

—Convenido; y no hay que irritarse contra mí antes de oirme. Este lugar no es propio para que podamos explicarnos sobre semejantes materias.

Juan Cruyés se había incorporado, y se paseaba de un extremo á otro de la habitación. Ambos interlocutores guardaron silencio por más de un cuarto de hora. El capitán Sagarra fué el primero en interrumpirlo.

—Vamos: usted es de genio vivo, y yo no he perdido del todo mi antigua energía. Sin embargo, permítame usted protestarle que no ha sido mi intención mortificar su amor propio.

El pirata volvió á sentarse al lado de su cofrade. Este prosiguió hablando.

—Debe usted disimular el ligero desahogo de un hombre que en los últimos tiempos ha visto perecer á tantos amigos suyos y despreciados sus servicios, y hasta olvidado su antiguo nombre.

—Tiene usted razón, capitán; y conozco que ya debía dejarme de locuras, y más que todo tener una regular dosis de egoísmo. Ya veo que mis faltas no se disimulan: preciso será que me revista de severidad para tratar con mis súbditos. No es nuestro menor mal el hallarse tan rela-

jada la subordinación y olvidada la disciplina.

—Prudencia, Juan Cruyés, prudencia se necesita más que otra cosa. Tocamos á unos tiempos muy críticos, y ningún aviso debe despreciarse. ¿Qué provecho sacó usted personalmente, ni la sociedad, en haberse presentado en Campeche bajo el falso título de "cónsul" de "Colombia," permaneciendo allí tanto tiempo con riesgo de ser descubierto, aprehendido y ahorcado? Elegido usted apenas para acaudillarnos, oír nuestras quejas y arreglar nuestras diferencias, ¿no desembarcó usted en el puertecillo de Fraga, dispersó su gente, y se marchó á Mérida, en unión de sus dos mancebas, cometiendo la gravísima falta de comprometerse en ciertos lances peligrosos? Además, ¿quién ha dicho que el nombre de Juan Cruyés se ha de revelar al primero que quiera escucharlo? ¿Ignora usted por ventura que una vez conocido ese nombre por nuestros enemigos, todo el secreto de nuestro poder vendría á tierra?

—¿Y quién ha tenido la audacia de acharme y exponer á la censura mis operaciones? Comprendo: usted ha arrancado estas confidencias á esas pobres criaturas que entregué á su cuidado. Bien decía yo: todos mis amigos se vuelven enemigos.

—No aventure usted ningún juicio temerario. Esos pormenores los he sabido



mucho antes de que nos viésemos por la primera vez.

—Pero todavía: tan infame espionaje es un crimen digno de un castigo ejemplar. Yo exijo, yo mando que me diga usted cómo ha sabido esos pormenores.

—Todo eso es inútil por ahora. Nos reuniremos cuando usted nos convoque, y sabrá usted cuanto desea.

—Yo tengo enemigos ocultos, capitán Sagarra.

—¿Quién, cuando manda, deja de tenerlos?

—Mas yo no creía que usted fuese uno de ellos.

—¡He allí otra nueva injusticia! ¿Con que llama usted su enemigo á quien le da un buen consejo?

—¿Y quién se lo ha demandado?

—Yo me creo con derecho de darlo.

—Anarquía, trastorno, desorden, conspiración.

—Así llaman los déspotas á todo lo que no les lisonjea.

—Esto no puede durar así.

—Demasiado lo veo y entiendo. Cuando es excesiva la carga que se ha echado á un buque, queda dormido, el timón no gobierna, y se va á pique.

—¿Y qué remedio?

—Arrojar al agua parte de la carga.

—¿Eso quiere decir...?

—Lo que Vd. acaba de indicarme: que

esto no puede durar tal como se encuentra.

—Reflexionaré en ello.

—Me parece lo más cuerdo.

Entre tanto, sobresaltada la viuda del giro que iba tomando la conversación de los nuevos huéspedes, había entrado segunda vez á observarme. Yo, así por mi propia seguridad, como por enterarme hasta el fin de aquel cambio de reproches entre dos tan famosos criminales, seguí aparentando que dormía; y la ficción debió de tener en su favor todas las apariencias, pues la viuda se retiró satisfecha de que mi presencia allí valía tanto como la de un tronco. Así creí, por lo menos, haberlo notado en su semblante y ademanes.

—Retirémonos á bordo, que el tío Melitón estará inquieto con nuestra tardanza; dijo el capitán Sagarra, después de una pausa de dos minutos.

—Y ¿podremos continuar subiendo?

—No hay inconveniente. Nuestro buque es pesado en estas aguas: el río viene muy crecido, y mientras se rompen la crisma los partidos beligerantes, tenemos de alijar la carga. Mañana á esta hora, nuestros corresponsales de la villa han de estar informados de nuestro arribo, y antes que lleguemos á "Escobas" ó "Chilapa," tendremos más de diez canoas á



nuestra disposición, sin el menor riesgo ni cuidado.

—¿Y el guarda que se nos ha metido á bordo?

—Eso no importa: es un viejo de setenta años, algo aficionado á los placeres de la mesa y á las dulzuras de Morfeo; y cuando todo corra turbio, en diez ó doce días que debe durar la subida del río, pueden inventarse algunos medios que den un resultado eficaz. Ese obstáculo, nunca lo ha sido para mí; y cuenta con que he subido el río de Tabasco más de cincuenta ocasiones por lo menos.

—Sin embargo, esta moratoria debe ser perjudicial á nuestros intereses.

—Eso no, porque si antes de llegar á la villa hemos echado en tierra todo el negocio, entonces el bergantín sólo habrá venido á cargar de palo, se detiene en "Chilapilla" ó en cualquier otro punto, embarca por vía de lastre unos cuantos quintales de palo de tinte, y regresa frescamente á tomar el rumbo del "Alacrán."

—Pero la aduana puede suscitar nos algunas dificultades, me parece.

—Descuide Vd. De aquí á cuando se arreglen las aduanas de la República de un modo que pudiera arredrarnos, creo yo que se pasará un siglo. Mientras no haya más que trastornos, revueltas, guerras civiles y convulsiones políticas; los

piratas, contrabandistas, especuladores de vedado, agiotistas y demás alimañas de nuestra ralea harán siempre un buen negocio. A río revuelto....

Ya no pude escuchar el fin de la frase. Los huéspedes se habían marchado.

No me detengo en hacerte comentarios sobre esta escena inesperada. Reflexiona en ella y comprenderás fácilmente su importancia. Quién sabe cuáles serán los medios de que se valga la Divina Providencia para castigar esta horda de malhechores, que viven y mueren ennegados en el crimen; pero ya tenemos en nuestra mano el hilo que ha de guiarnos á la verdad. Entonces obraremos según convenga para contribuir como agentes secundarios, á la grande obra que espero de la justicia de Dios.

Desconfiando ya de la hospitalidad de mi patrona, al verla en tan buenas relaciones con aquellos individuos, y temeroso por otra parte de que algún signo ó expresión que se me escapase podría imponerla de que yo no ignoraba lo ocurrido en su casa la noche precedente, en cuyo caso se frustrarían tal vez mis proyectos, resolví ajustarme de cuentas con ella y despedirme. Había traído una carta de recomendación para un caballero italiano llamado "Carenzzo," propietario de una finca situada al otro lado del río, casi enfrente de San Fernando y á la en-



trada misma de la barra. Diríjime, pues, á dicha hacienda en donde el señor Carezzo me trató como cuerpo de rey. Allí permanecí ocho días, hasta que despejado enteramente el horizonte político, emprendí en una canoa de alquiler la subida del caudaloso río de Tabasco.

Panorama bellissimo es el que se desarrolla en todo este rico paisaje. El río salido de su cauce, se había desbordado á derecha é izquierda, regando una inmensa extensión de ambas riberas, y dejando libres únicamente las pocas alturas que aún se están formando en este terreno de aluvión y del todo nuevo, según lo muestran las apariencias. Para evitar los giros diversos que el río toma en su curso, el patrón hacía que la canoa penetrase en los esteros y lagunetas, lo que presentaba la singular rareza de una navegación entre bosques y selvas espesas é interminables. Algunas veces cruzábamos una laguna extensa y poblada de aves de caza; y otras, rompiendo breñas y ramales que obscurecían la atmósfera, nos abríamos un paso difícil y acaso peligroso, á través de varios obstáculos. Era una serie de vistosas decoraciones.

De las veinte y cuatro leguas que median de la barra hasta la villa, sólo pudimos recorrer diez en el primer día de viaje. Al anochecer tomamos el cañón

del río, y buscamos alojamiento para pasar la noche. Nos dirigimos á un caserío próximo, y cuando yo me figuré que pondría el pie en un terreno firme y sólido, halléme con que la creciente había hecho desaparecer una tercera parte, por lo menos, de cada choza: una movible balsa de troncos formaba el pavimento, y todos los vecinos se comunicaban por agua, pues era aquello una verdadera inundación. La mitad del año viven así las gentes que habitan las márgenes del río de Tabasco.

A media noche volvimos á internarnos en los bosques navegables, y al ponerse el sol del segundo día llegamos á esta capital, que es ciertamente pintoresca y susceptible de muchas mejoras que el tiempo irá ofreciendo. La antigua capital de la provincia fué la villa de Tacomtalpa, diez y seis leguas más arriba, hasta que el gobernador D. Miguel de Castro la trasladó á Villa-Hermosa á principios de este siglo. De entonces acá se ha fomentado esta población, que para ser tan reciente tiene ya bastante importancia. Si las instituciones que va á darse la República llegaran á arraigarse, el Estado de Tabasco está llamado á ser uno de los más poderosos de la confederación mexicana. La extraordinaria fertilidad de sus terrenos; los medios de una fácil comunicación que presenta la



multitud de rios y arroyos que cruzan el país en todas direcciones, dándole la figura de una cota de maya; la riqueza de sus frutos, todo, en fin, ofrece las más lisonjeras esperanzas. Haya paz, orden y libertad, y Tabasco cambiará de aspecto: habrá salubridad, comercio y, sobre todo, población productora de que hoy carece.

El bergantín de Cruvés no había llegado á Villa-Hermosa, ni pude encontrarme con él durante la subida á la capital, pues, como te he dicho, mi viaje fué por dentro. Pero ayer he tenido otro encuentro, que no sé decirte si será ó no agradable, aunque tengo para mí, según los precedentes, que debe de sernos ominoso. Escúchame.

Contraí aquí mis primeras relaciones con un médico francés, el Dr. Corroy, compatriota y corresponsal de nuestro respetable amigo D. Alejo. Es dueño de la única botica que hay en Villa-Hermosa, y vive en una casita muy elegante. Invítome cortesmente á su mesa, y ayer tuve el honor de aceptar su invitación. Presentéme en efecto, á las tres de la tarde, y á poco vino un doméstico á anunciar la presencia de otro convidado. Escuchar la voz del recién venido y sentir un vuelco poderoso en el corazón, fué todo uno. Mr. Corroy entró luego en compañía de aquel caballero. Su voz era

la del hombre que me golpeó en las calles de Campeche: su figura la del comandante del bergantín colombiano; su nombre el "Dr. Edward Moore." Toda una historia viva y misteriosa, enlazada con la tuya. Creo difícil pintarte mi asombro y confusión.

Pasadas las primeras palabras de ceremonia, nos sentamos á la mesa. Durante la comida, conservó el Dr. Moore todo su aplomo; y no puedo decirte si me reconoció, porque no se le escapó la más ligera señal que me lo indicase. Su conversación es dulce, amena é instructiva, y me parece que posee un gran caudal de conocimientos. A pesar de la profunda preocupación que abrigo contra él, pues le tengo por cómplice del Cruvés que murió en San Lázaro y del falso cónsul de Colombia, no pude menos de sentir algunas emociones agradables al escucharle. Este hombre debe ser un fenómeno en su especie.

No he vuelto á verlo; pero mañana, tanto él como yo, debemos reunirnos en una finca distante de aquí seis leguas, que pertenece á Mr. Corroy. Uno y otro nos hemos comprometido con el propietario á pasar en su compañía tres días de campo. Yo cuidaré de escribirte lo que de este paseo resulte.

Ninguna noticia he tenido acerca de nuestro amo Germán; mas yo sospecho,